

DE LA VIDA QUE PASA □ LA EXCLAUSTRADA



AQUELLA noche que visité el Museo del Prado, á la luz de un farol, por gracia especial del gran Bernucci, descubrí con emoción catacumbica á la porñosa desmeñada y magnífica que fabricó Pedro de Mena.

Hoy, después de varias contemplaciones y con mayor serenidad, á la luz del día, que para el que ha visitado el Museo agorero y obscuro de la noche tiene la alegría de la luz que recibe en sus ojos el que ha recobrado la vista, voy á escribir palabras de resumen.

De esta Santa de Mena—*Petrus D mena y medrañ*, *Facióbat 1664*, como pone en su poema—había un recuerdo ó evocación en el Museo Arqueológico, representando á Santa María Egipcíaca con una calavera en una mano y dos panecillos á los pies como atributo de su hambre y de su sobriedad.

Ahora, al ver esta imagen espléndida y sobrenatural humana, se puede desdeñar la otra, más mezquindosa, copia aparential encargada por alguna beata rica. Después de la inspiración que puso en esta imagen recién expuesta al público el gran Pedro de Mena, no podía resultar sino un poco banal obra de encargo aquella otra con cara y hasta manos de muñeca de iglesia.

Esta imagen consigue ser entre todas las figuras de Mena y lo que pudiera llamarse el mundo religioso de las vírgenes, una joven del pueblo de las pecadoras, una pobre desgraciada animada por la videncia y la alucinación. Desde luego, es un caso de talla impar.

Al lado de otras imágenes que repiten la figura de la Santa, en San Miguel de Valladolid y San Bartolomé de Pontvedra, ésta es la que lleva en sí el arranque certero y la que puede

sostener esa manera de destacarse que tiene hoy en el Museo del Prado, recogiendo y asumiendo toda la luz de la sala.

La vocación religiosa de Mena le hizo sorprender todo el dolor de esas mujeres que tienen arrebatado de léguas el rostro, velado y movido por el terrible constipado del dolor copioso en llantos. No he visto llorar y tener tan cruzado el rostro por las x de la llantina, como á alguna imagen de Mena.

Sus hijas le dieron ejemplo de fe profesando en distintos conventos y separándose de su padre, que contento con la vocación de sus hijas, diseñó sus partidas de defunción, los documentos de su matrimonio con Dios y hasta las agasajó con esculturas como añadido á la dote conventual. Tenía Mena el desprendimiento de corazón que hace que todo sea holocausto á Dios; así pide que su cadáver sea enterrado á la puerta de un templo, para que todos lo pisen al entrar, para que su laudo sea como el limpiabarros de todos los fieles y su nombre sea borrado por esos traspiés insistentes de los que cruzan el umbral de una iglesia.

Mena, en este estado de exaltación, sentía la

emoción corporal del Arte, su valor plástico y humano, su evidencia de copia de la realidad, de escueta sumisión al modelo. Así procede esta obra, esta María Magdalena, de sus miradas intensas de artista al mundo bajo, al mundo de los mendigos y las ilneas mujeres de la ciudad que van á misa tempranera con el libro y el rosario en sus manos heladas, todas ellas áteridas por la friolencia de la mañana, sus hombros sobrecegados por la aguda emoción de la que acabada de despertar se lanza á la calle.

Es esta escultura la escultura de una justa, de un alma en pena, de una posesa que avanza magnetizada por las llagas de Cristo. Impresiona al entrar en su mañana como si perdurase fuera de hora el sonambulismo de una fanática.

Sorprende la mujer enjuta, con rostro enflaquecido y un poco antipático, como es la figura débil, anemizada, pero arrebatada por el delirio que posee á algunas solteras místicas de las provincias españolas.

Bajo la luz del día, esta escultura tiene una viva personalidad de andaluza fina, feilit pero aguda, fervorosa, de manos y pies bellísimos.

Las pobres monjas que se han quedado sin esta imagen, deben recordarla con nostalgia de hermanas y deben estar quejosas de esa ley por la cual una antigua concesión ha podido excluir á la hermana que con mayor firmeza miró á Cristo crucificado durante toda su vida, sin distracción que confesar y á la que vieron entrar en el convento sólo las que ya murieron.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA